

trado de este sublime espíritu que le conducía en toda cosa, que surtía de él como agua viva por todos sus actos, todos sus pasos, todas sus palabras y todas sus enseñanzas.

“El espíritu del Cristo entraba entonces en acción todo entero; y luego, con su omnipotencia, obraba en el espíritu de los hombres que venían para ser curados. Él mismo, siempre plenamente consciente de su fuerza vivificadora y enteramente lleno al propio tiempo de la fe más pura y más amante en el supremo y celestial Padre de toda salud; él mismo, antes de cada obra, alzaba al cielo su luminosa mirada para sacar de allí la fuerza. Y también él pedía ante todo a los que iba a socorrer la fe en la presencia real del reino de Dios, y en la fuerza de la virtud de Dios.

“Su acción era creadora, radical, de eficacia portentosa como lo era además su vida cotidiana, vida que antes que él ningún hombre había sabido vivir jamás... No podemos tener de toda esta parte de su obra concepto bastante elevado, y debemos mirar a toda la raza humana como restaurada por él, desde que quiso descender al profundo abismo de sus sufrimientos.

“Pero además de estas curaciones que, según todos los documentos, eran su obra de todos los días y cuyo número inmenso se halla nada más que indicado en el Evangelio, hace falta que se distingan particularmente otros hechos más brillantes aún, como las resurrecciones de muertos, los miles de hombres alimentados con algunos panes y algunos peces, el cambio del agua en vino, el apaciguamiento de la tempestad, la marcha sobre las aguas y las curaciones de leños y por la nueva difusión de su espíritu. Todos estos hechos corresponden ciertamente a los primitivos datos evangélicos... Esos son los momentos supremos de su poder en el mundo exterior... En Jesucristo la obra de todos los días no era más que una sucesión de actos de sublime poder.

“Tales épocas de poderoso entusiasmo, de fuerza triunfante y de exaltación sublime y saludable se muestran ya, pero diseminadas, en el antiguo Testamento. Doquiera se despliega la verdadera religión, trae consigo la sublime alegría que lo reanima todo, el maravilloso vigor que lo puede todo, y las más dulces experiencias de fuerza y auxilio divinos. Pero nunca se había fundado así la base misma de las obras de salvación: nunca tales esperanzas de divina regeneración, nunca la celestial alegría en toda su plenitud, había llenado hasta ese punto el corazón de los hombres.

“Había aparecido, pues, el que en aquel tiempo y en aquel pueblo del reino de Dios, era el Mesías esperado; no solamente había realizado lo que exigía de él el sentido más profundo de las profecías, sino que su trabajo y su operación, sus padecimientos y su muerte habían hecho mucho más de lo que los profetas habían podido anunciar y prever.

“En él era en quien tenía puesta la mira aquella profética esperanza difundida desde la más remota antigüedad en todos los pueblos, pero con más fuerza y claridad en Israel; esperanza que llegó a ser en los últimos tiempos manifiesta como la luz; que anunciaba que vendría un hombre inmaculado de todo error y de todo pecado que, sobreponiéndose a la multitud de errores y perversidades acumulados desde la infancia del linaje humano, triunfaría de todo y sabría cumplir perfectamente la voluntad de Dios.

Pues bien, la vida entera del Cristo no es más que el cumplimiento de esa universal esperanza.

“Pero los profetas no sólo llamaban en él al hombre aislado, que no hubiese tenido que desempeñar sino una obra personal; sino que llamaban, con toda la historia primitiva de Israel, a aquel que, a través de todos los pecados del mundo, inflexible a todo mal, seguiría en todo la más pura voluntad de Dios, y llegaría a ser así el maestro de todos los hombres, para enseñarles a hacer, a ejemplo suyo, la voluntad de Dios y fundar la asamblea de los hombres sometidos a la absoluta verdad religiosa.

“Y ved aquí, que, en efecto, el Cristo cumple esa doble misión con perfección tan suma...

“En él se renueva y se concentra, en ese fin de la vida de Israel, la virtud profética primitiva, esa fuerza radical y fundadora de la asamblea de la verdadera religión... Esa fuerza brilla en él como no había brillado desde Moisés. Su profético poder anuncia con certeza divina inmediata las verdades nuevas y las hace reinar. Mas aquí no se ve ya ninguna de las violencias que se mezclaban en la antigua acción profética. Las últimas huellas de la vieja forma han desaparecido; él solo sabe presentar a los hombres cada verdad rodeada de su luz única, amable por el solo atractivo de su propia excelencia. Su palabra no es ya otra cosa que la palabra más sencilla del hombre transfigurado por la certidumbre más divina y el esplendor más apacible de lo verdadero.

“Y así es como funda el eterno reino de la religión verdadera y perfecta que debía salir de Israel y abrazar presto todos los hombres y todos los pueblos.

“En él se rejuvenece también la antigua virtud sacerdotal, mediadora entre el hombre y Dios, que hace volver a su Dios al hombre purificado, pero no detenido ya en la vetustez de la ley exterior y formal.

“Y todas estas sublimes fuerzas del espíritu que no habían aparecido en el mundo sino dispersas, están en él reunidas y concentradas en un sólido conjunto que no podía existir antes que él, pues la fuerza y el atractivo de la verdadera y perfecta religión que entraña todas estas fuerzas, no se ha desplegado por fin realmente sino en él. Y se ha desplegado tal cual desde el origen de la creación la había concebido la voluntad de Dios, tal cual debía aparecer, y sólo podía aparecer en este punto del espacio y del tiempo, en este solo pueblo y en este hombre único.

“Porque trae cabalmente a la antigua religión ya verdadera, pero todavía imperfecta, lo que falta al grupo de hombres que son los depositarios de ella y lo que formaba el objeto de todos sus deseos hacia largo tiempo, es a saber: la incontrastable serenidad, la fuerza y la triunfante actividad del amor divino más puro; amor que penetra todo pensamiento, toda acción, que cumple toda ley, buena pero no cumplida, del pasado; amor siempre vivaz y despierto a toda nueva luz y todo nuevo deber divino; amor que se manifiesta al mundo por el gobierno del mundo, el trabajo benéfico, la sabiduría directora, pero ante todo por la humildad, la austera abnegación y el heroico sacrificio de sí mismo.

“Así es el único verdadero Mesías, el eterno rey del reino de Dios, que antes que nadie introduce él por completo en el mundo. Así es el ser único, el Guja y el Señor a quien debe seguir todo hombre

impulsado por el espíritu de Dios, todo hombre cuyos pensamientos, trabajos y sufrimientos son la averiguación pura y perfecta de Dios.

“¿Pero es posible lo perfecto en nuestra imperfección humana? ¿Es posible lo eterno en nuestra mortal caducidad?

“Jesus lo manifiesta mejor que cosa alguna fué manifestada nunca, y lo enseñará eternamente a todo espíritu y a todo corazón que no huyan su luz.

“Pero mientras él trae al mundo la luz pura y las beatitudes del bien, el odio del mundo entero le abruma y parece querer experimentar si es realmente el héroe y el santo bastante grande y fuerte, para sufrir lo que nadie había sufrido jamás. Este choque tremendo no le hace vacilar un solo instante. Ha venido para vencer todo en la paciencia, para sufrir y morir, tan grande y poderoso en el sufrimiento como en la acción y la enseñanza...

“Pero si soporta los últimos padecimientos abandonado de todos, no por eso está desamparado de Dios; y por la fuerza de Dios realiza todo y lo soporta todo, y por la fuerza de Dios, aun sumido en el abatimiento más extremo, alcanza la más alta victoria.

“Vedle, pues, abrumado como un malhechor, tanto cuanto le podía abrumar la perversa voluntad de los hombres, a aquel a quien jamás pudo ser imputada la menor falta, ya se vea en él un hombre igual a los demás, ya se reconozca en él al verdadero Mesías, más grande que todos los hombres.

“Sí, al mismo a quien, tantos siglos hacia, esperaban como su salvador, como la venturosa esperanza de Israel, cuando viene en el tiempo marcado, los jefes del pueblo y la muchedumbre del pueblo de Dios le desechan y le deshonran.

“El que viene a traer la salud a este pueblo y a todos los pueblos, el único que sabe enseñar a los hombres cómo puede germinar y madurar todo bien en nuestra tierra, ese es juzgado por las más altas justicias de Israel y del paganismo, y se ve ultrajado como el seductor más pernicioso del linaje humano.

“Aquel que solo enfrente de todo el mal acumulado desde las primeras edades del mundo y durante todos los siglos, en presencia de tantos errores, pecados, desórdenes y feroz perversidad; aquel, digo, que a este cúmulo de errores sólo opone la más alta sabiduría, el amor más divino y la mansedumbre más inagotable, se ve precipitado por el torrente impuro en que se unen para anonadarlo el pecado de Israel empedernido, y el pecado del sensual y estúpido paganismo.

“En el pueblo que antes que todos los demás hubiera debido ser el pueblo Santo, el pueblo muy amado de Dios, el error y el pecado se habían acumulado y fermentado por espacio de quince siglos; y hé aquí que la rabia y la ponzoña de todos esos errores y pecados inveterados, empedernidos, amontonados en un solo foco, descargan todo su furor contra Jesucristo. Y no sucumbe, sino como San Juan Bautista, por accidente ni por cólera pasajera del pueblo, sino con motivo de la esencial y única cuestión de la vida de Israel, la cuestión del reino de Dios, de la verdadera sociedad religiosa. En el momento más crítico de la gran lucha para el establecimiento de esta sociedad santa, para la fundación de todo su porvenir en la tierra, entonces es cuando toda la rabia y toda la perversidad del antiguo mundo caen sobre este desvalido,

sobre este pobre, este inerme, sin fuerza ni gloria humanas. Todo esto de consuno quiere anonadar a este fundador único de una sociedad religiosa, para anonadar de una vez en su germen la religión apenas cimentada.

“Pero cabalmente en el momento en que este rey oculto del verdadero reino de Dios se aparece entre los hombres sin que ellos le conozcan; en el momento en que el divino reino, apenas fundado, parece quedar aniquilado con su fundador, entonces mismo es cuando demuestra su fuerza invencible con maravillas, y cuando de la tumba de su rey, de ese rey muerto por el pecado de todo el linaje humano, renace el bello reino para una vida infinita y para un esplendor eterno.

“La muerte y el sepulcro de Jesucristo son en la historia dos sucesos rápidos, pero son también el término preciso a donde acaba la antigüedad y adonde comienza el mundo nuevo. El fin del mundo antiguo, muy ciertamente, no se realiza antes de Jesucristo, pero se realiza aquí, y parece que no se cierra esa tumba sino para sepultar con el Cristo al viejo mundo todo entero.” (\*)

Sí, mil veces sí! Jesucristo es Dios; y por ende no hay ni puede haber en la historia nada que se le pueda comparar. Su figura es única y adorable.

“Cuando fuere alzado en lo alto, traeré a mí todas las cosas,” había dicho Él; y su palabra se ha cumplido. Por eso a la vez que se atrae nuestros entendimientos, se atrae también nuestros corazones; su poder sobre nosotros no tiene límite. Él reina aún en lo más íntimo de nuestro ser y arrebatada para sí nuestra ternura; y esta prueba es, a no dudarlo, la mejor y más brillante de su Divinidad.

Un gran conquistador, aquel monstruo de valor, de poder y de orgullo que se llamó Napoleón, lo reconocía así. Cuentan de él las historias, que cuando atado como un león a la roca de Santa Elena se lamentaba de sus desventuras, pensaba mucho en el Cristo; y esta dulce memoria le consolaba y hacía reflexionar.

Un día a la sombra de aquel sauce que se elevaba a la orilla del mar, donde el derrocado Emperador se sentaba frecuentemente a meditar sobre su triste suerte, conversaba Napoleón con el célebre general Bertrand, que le acompañaba en su destierro, y le dijo estas sublimes palabras:

—“En Egipto proclamé un Dios sin Hijo; pero ahora reconozco y declaro la divinidad de Jesucristo. Un Judío, que era mirado como el hijo de un carpintero, quiere ser tenido por Dios, por el más grande de los seres, por el criador de todas las cosas. Prueba su divinidad con numerosos milagros; sin embargo, acá, para mí, el éxito que logra Jesus prueba su divinidad mucho mejor que sus milagros. Se extasia uno ante las conquistas de Alejandro el Grande; pero ¿qué son ellas comparadas con las de Cristo? Nada, absolutamente nada, a pesar de que Alejandro hubiese conquistado el mundo, porque estas conquistas eran pasajeras y sin consistencia. Jesus, al contrario, ha conquistado y se ha apropiado, ha hecho suyo no una nación, sino todo el género humano. Estas conquistas duran desde hace diez y ocho siglos; y según todas las apariencias se extenderán hasta el fin del mundo. ¿Y cuál es la parte de cada hombre conquistada por Jesucristo? Precisamente la más difícil de ganar,—el corazón. Lo que se ve que pide a menudo en vano un sabio a un reducido número de amigos, un padre a sus hijos, un esposo a

(\*) Ewald citado por A. Gratry, en “Los sofistas y la orficia,” Libro cuarto, cap. II.